

Nota bibliográfica

Antonio Castilla Cerezo

María Zambrano, *Obras Completas* vi. *Escritos autobiográficos. Delirios. Poesmas (1928-1990). Delirio y destino (1952)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.

1.

Dice Zambrano en uno de los fragmentos incluidos en «El saber de la experiencia (Notas inconexas) (1985)» que al salir de España en 1939, mientras hacía la cola para pasar la frontera de Francia, el hombre que le precedía llevaba a la espalda un cordero del que le llegaba el aliento y que por un instante cruzó su mirada con la de ella. Aunque la autora no volvió a ver a aquel cordero, de algún modo sintió que este la seguía mirando, y se dijo que no volvería a España sino detrás de aquella criatura. Pero Zambrano regresó del exilio y, como era de esperar, el cordero no estaba al pie del avión. Solo cuando vio las imágenes (conmovedoras, puras, blancas) que le sacaron los fotógrafos que la aguardaban entendió lo ocurrido: el cordero no había venido a esperarla porque ella misma era el cordero.

Una anotación como esta (que arranca de la alusión que a ese mismo cordero se encuentra en el capítulo de *Delirio y destino* titulado «Hacia el nuevo mundo») contiene dos de los rasgos principales de los que la escritura autobiográfica de María Zambrano acostumbra a revestirse: atención prioritaria a lo íntimo, al instante revelador («que vale para siempre, por toda una eternidad»), frente a la pompa del tópico oficialista y del gran acontecimiento histórico-cultural; pero, simultáneamente, referencia ineludible a un determinado contexto histórico y, a través de este, a la historia universal, de cuyo inmenso drama vendrían a constituir un símbolo esos instantes imborrables de la historia íntima, secreta.

2.

Lo que no es ningún secreto es que la escritura de María Zambrano se alejó desde sus inicios y cada vez más decidida e insistentemente de los cauces habituales del discurso filosófico. Esta tendencia a alejarse de los caminos trillados se acentúa aún más en sus escritos autobiográficos, que lejos de constituir una mera fuente de datos para el biógrafo convencional, transforman el ejercicio de la escritura en un medio gracias al cual la vida y el pensamiento exploran la posibilidad de encontrarse, conocerse y transformarse mutuamente. Ese es el tipo de textos que se ha intentado recopilar en este volumen vi de las *Obras Completas* de la filósofa malagueña que está editando Galaxia Gutenberg, y que hay que enmarcar por consiguiente en el contexto de un proyecto que, dirigido por Jesús Moreno Sanz y con la colaboración en cada volumen de diversos especialistas (en este caso, Pedro Chacón Fuertes, Sebastián Fenoy Gutiérrez, María Luisa Maillard, Fernando Muñoz Vitoria, Antolín Sánchez Cuervo y, muy especialmente, Goretti

Ramírez, quien se ha encargado de las presentaciones de cada una de las dos partes de que está compuesto el libro), tuvo como primer (y, hasta comienzos de 2014, único) fruto la aparición de su volumen III en noviembre de 2011. En la nueva entrega de esta serie se siguen las pautas editoriales que ya se definieron en aquella primera publicación, para las cuales remitimos a las dos notas críticas que de la misma aparecieron en el número 13 de esta revista, escritas respectivamente por Miguel Morey y Juana Sánchez-Gey Venegas.

3.

Hechas estas advertencias, cabe no obstante abundar en la singularidad del volumen que nos ocupa, la cual procede sobre todo, en primer lugar, del hecho de que en ella se recogen escritos redactados por Zambrano a lo largo de toda su trayectoria (es decir, de 1928 a 1990), a diferencia de lo que ocurre con el resto de los volúmenes proyectados para estas *Obras Completas*, que cubren tan solo un tramo de la misma; y segundo, de que, como ha señalado Jesús Moreno Sanz, «solamente este vol. VI ha sido singularizado con un criterio temático, es decir, conforme al carácter autobiográfico que tienen los escritos aquí incluidos» (pág. 11). Esta segunda característica ha llevado a los responsables de esta edición, de un lado, a seleccionar más de 300 manuscritos (de los cuales 103 son inéditos) entre los que se identifican tres géneros principales de escritura (diarios, textos personales y evocaciones; delirios; poemas) y, de otro, a reeditar *Delirio y destino* (en su versión de 1952). El conjunto formado por todos estos escritos es de una abigarrada heterogeneidad temática y estilística, que en lugar de poner en peligro la unidad de la lectura la torna paradójicamente posible. Dicho de otra manera: es este juego entre la multiplicidad y la unidad, entre la diversidad y la fidelidad a un mismo fondo el que, por hallarse en los textos aquí recopilados en un grado superior al ya de por sí habitual en los libros y artículos de Zambrano, puede desconcertar incluso a los lectores ya familiarizados con su obra.

4.

Especial importancia nos parece que revisten, en la primera parte de este volumen, los escritos pertenecientes a los dos primeros géneros de escritura mencionados más arriba (es decir, los diarios, textos personales y evocaciones, de un lado, y los delirios, de otro). En relación con el primero de estos dos conjuntos textuales, Goretti Ramírez ha resaltado en la Presentación de esta primera parte la afinidad existente en Zambrano entre la escritura de los diarios y la razón poética (esto es, el pensamiento sin más) porque en ambos se enfoca siempre el proceso en vez del resultado, hasta el punto de que los diarios de esta autora serían, según esta lectura, «la materialización de su proyecto en la razón poética: recuperar la vida para transformar el pensamiento» (pág. 147).

No debemos olvidar, con todo, que forman parte también de este primer grupo de textos tanto las autopresentaciones en las que la pensadora mala-gueña intentaba explicar al lector el sentido de su vida y de su obra (entre las que destacan «María Zambrano [Itinerario]», «Chère Madame...», «Algunas estaciones del itinerario de la razón poética» y «A modo de autobiografía») como las evocaciones de sus contemporáneos (cuyos mayores bloques tanto en extensión como en significación son, por este orden, los

dedicados a Ortega, Unamuno y Machado, seguidos a cierta distancia por los consagrados a Alfonso Reyes y a José Lezama Lima).

Respecto al segundo grupo mencionado de textos, es decir, a los delirios, conviene señalar ante todo que se trata en ellos de cuestionar la relación entre el sujeto y la realidad, bien por medio de la apertura a otras formas de subjetividad (cuyos recursos literarios más evidentes son, en Zambrano, el uso de heterónimos y de la segunda o de la tercera persona del singular para referirse a sí misma), bien a través del acceso a otras formas de realidad —que puede darse, como advierte de nuevo Goretti Ramírez, «mediante la ironía, el despertar y la fusión con esa realidad externa» (pág. 172)—. Son ejemplos del tono irónico empleado con esta finalidad «Delirio de la vida malbaratada» o «Todoloarregla»; en lo que hace al despertar, lo encontramos ya en «Ciudad ausente», primer texto de esta recopilación, en el que se comienza reparando en algo obvio («eres ciudad, no caos de edificios y sensaciones»), para extraer a continuación la plenitud de significado de esa evidencia; finalmente, el texto al que nos referimos al comienzo de estas líneas nos parece uno de los ejemplos más nítidos de fusión del yo de la autora con una realidad externa a sí misma.

5.

La segunda parte de este volumen, constituida por la reedición íntegra de la versión de 1952 (es decir, la no censurada) de *Delirio y destino*, mantiene un diálogo con *La confesión: género literario y método*, y ello no solamente porque casi con toda seguridad constituye el ejemplo más acabado de confesión jamás escrito por Zambrano, sino también y principalmente porque en ambos libros se propone la reconciliación de las verdades de la vida y de las verdades de la razón mediante un repliegue de la autora hacia sí misma, proceso en el que esta descubrió que su propia interioridad está habitada por toda una serie de realidades, algunas de ellas más incómodas y menos clasificables de lo que la simplicidad del pronombre personal «yo» permite adivinar, y para cuya expresión optó por dar voz a cierto número de personajes. Profundizando aún más en este sentido, Zambrano compuso la segunda parte de *Delirio y destino* a partir de una serie de delirios en los que estos personajes tomaban la palabra, en ocasiones incluso manteniendo relaciones con alguna otra voz, como ocurre, por ejemplo, en «Voy a hablar de mí mismo (Fragmento filosófico del segundo tercio del siglo xx)», donde una primera figura dice «Voy a hablar de mí mismo aunque, en rigor, esto constituye una reiteración pues hablar, rigurosamente, no se puede hablar de sí mismo» (pág. 1084) y algo más adelante una segunda voz nos explica que encontró el documento en el que hablaba ese primer personaje (¡el único conservado de la historia de la filosofía!) en el fondo del pozo más profundo de los que quedaron indemnes tras la caída de la bomba atómica, instalándose así en un futuro ficticio desde el que se pregunta si toda la filosofía era como este fragmento. Más allá de esa duplicidad de personajes (que abre la vía, como el lector tal vez habrá notado, a una proliferación potencialmente inagotable de los mismos), nos parece que conviene poner en paralelo la frase que acabamos de citar con una anotación de diario datada el 29 de junio de 1975 y en la que, después de haber mantenido que el núcleo del ser humano (esto es, el espíritu) es pura libertad, pura trascendencia, y que por ello no tiene biografía, la autora declara lo siguiente: «De ahí que toda autobiografía sea falsa. Y toda biografía, fenomenología o invento» (pág. 561). De la articulación de estas

dos citas nos parece que se sigue, no ya una contradicción, sino el carácter necesariamente doble (o, para ser más exactos, paradójico) de la escritura en general, y no solo de la autobiográfica. En efecto, no se puede hablar sin hablar de uno mismo (esto es, acerca del vínculo existente entre el propio pensamiento y la propia vida), pero a la vez es imposible hablar en rigor de la propia vida, ya que no hay discurso que pueda ser considerado autobiográfico en sentido estricto. Acaso esta mutua remisión entre dos polaridades pese a todo diferenciables pueda servirnos para dar cuenta un poco mejor de esa «unidad en la multiplicidad» a la que aludimos y que nos parece central en este volumen de escritos autobiográficos.

6.

Pero las cosas son más complicadas, de entrada, por el hecho de que «autobiografía» contiene tanto la raíz «auto» como la palabra «biografía». Esta observación, que a primera vista pudiera parecer un tanto ingenua, se halla vinculada a la posibilidad de desglosar el problema de lo autobiográfico, de una parte, en el de lo biográfico (es decir, el que puede plantearse en relación con la posibilidad de hablar —filosóficamente— de la vida de alguien) y, de otra, en la cuestión de en qué consiste ese «sí mismo». Este segundo problema (o sea, el del conocimiento de uno mismo) es el que en este libro inserta más claramente a Zambrano en una antiquísima tradición reflexiva que tiene su origen, según esa misma tradición, en el *Alcibiades* platónico. Nuestra hipótesis acerca de la posición de Zambrano respecto a estos dos órdenes de problemas (es decir, el de la biografía y el del conocimiento de sí) es que existe en sus escritos autobiográficos un paralelismo, de tal manera que lo que en ellos nos expone la autora a propósito del autoconocimiento (que ya en el *Alcibiades* era presentado como el pórtico de entrada al conocimiento en general) «resuena» en aquello que nos dice acerca de su propia vida. Para intentar explicitar un poco más en qué consiste esta peculiar resonancia tendremos, como es lógico, las siguientes dos vías: aquella que va del problema de la biografía al del autoconocimiento y la que realiza ese mismo trayecto en sentido inverso.

7.

El primero de estos dos recorridos podría tener como punto de partida la continuación del delirio titulado «Voy a hablar de mí mismo (Fragmento filosófico del segundo tercio del siglo xx)», cuya primera frase citamos más arriba, e inmediatamente después de la cual la primera de las dos voces que aparecen en este texto dice «mas, precisando la cuestión: ¿quién es el que precisamente habla? ¿El sí o el mismo? [...] El sí es la determinación de la soledad, de la infinita soledad [...] el mismo es la esencia solitaria del sí, con el todo incluido». Y, por si esta declaración no fuese aún lo suficientemente abstrusa, añade que «quien habla es el todo en mí o yo en el todo» (pág. 1085), de tal modo que la pregunta ya no será quién es el que habla en el sí mismo, sino «¿quién es este Yo, rodeado, abrazado y arrastrado por el todo, el todo o la nada? Pues son intercambiables».

8.

Es probable que el sendero que va del problema del conocimiento al de lo biográfico no sea tan complejo. Para explorar esta posibilidad, debemos siempre retener la idea de que el acceso último a este conocimiento es

imposible, pero que no por ello la búsqueda del mismo está privada de sentido, ya que el pensamiento de Zambrano se enfoca siempre en el proceso en vez de en el resultado; así pues, la razón poética podrá quedar frustrada desde el punto de vista de los resultados, pero tiene perfecto sentido en cuanto que proceso.

Existe al menos una filosofía, sin embargo, que solo considera legítima la búsqueda filosófica en la medida en que esta contempla la posibilidad de conseguir ese saber al que en última instancia aspira, a saber: la filosofía de Hegel, hacia la cual Zambrano mostró reiteradamente una hostilidad de sobra conocida. Ya en Aristóteles (ese «Hegel de la antigüedad», según se decía de él casi al comienzo del capítulo de *El hombre y lo divino* titulado «La condenación aristotélica de los pitagóricos») la filosofía fue concebida por vez primera como una actividad profesional que solo se justificaba por la obtención de los resultados desde un principio perseguidos (es decir, porque alcanza finalmente el conocimiento que se propuso), siendo esta la actitud que Hegel absolutizó. Es muy probable que el texto decisivo a este respecto en Zambrano sea «Chère Madame...», en particular el punto del mismo en el que la autora declara que es en Aristóteles donde se le presenta «la más cumplida realización del pensamiento absolutamente filosófico», y es en Platón donde ve «la gigantesca, soberana lucha por dar una sabiduría total, de una revelación total que Plotino llega al límite de darnos» (pág. 481). Esta revelación total consiste, según se nos dice casi inmediatamente después, en «encontrar el logos en toda su amplitud, posible aquí, y pleno de vida», de modo que se trata de un saber atento en todo instante a la vinculación entre el pensamiento y la vida, y del que ni el mismo Aristóteles se deshizo del todo, como lo muestra el que en relación con el entendimiento agente (que, como es sabido, es para este pensador lo divino en el ser humano) afirmase que «El acto del pensamiento es vida».

Pero ¿cómo luchó exactamente Platón para alcanzar esa sabiduría total que daría cuenta del nexo entre el pensamiento y la vida o, mejor aún, de la vida del pensamiento, que es el tema que subyace a todos estos escritos? Sobre este particular puede casi asegurarse que el texto más relevante es en este volumen una página de diario escrita por Zambrano el 24 de septiembre de 1955, en la que se dice lo siguiente: «en los seres cuya pasión es el conocimiento [...] las cosas suceden dos veces: cuando se *sufren* y cuando se *conocen*» (pág. 386), a lo que hay que añadir que «el conocimiento es [...] resultado de un descendimiento y no de una *ascensión*. La ascensión es el movimiento del *eros* – conocer de Platón. Pero el resultado, cree Platón mismo, se da solo en el descenso».

Esta observación sobre el conocimiento «resuena», según dijimos antes, en el problema de lo biográfico por cuanto la breve nota que con ella comienza prosigue inmediatamente (y termina) con las líneas que a continuación citamos: «Mi ciclo del amor está cumplido. Es el del conocimiento el que comienzo a aflorar. Por eso no me debo de morir y sí me debo de establecer y casarme. Pues, si no, será imposible lograr el conocimiento y, sobre todo, esta *lógica*».

9.

Al margen de las conclusiones (siempre provisionales) que pudieran extraerse de lo expuesto hasta aquí, y especialmente de los últimos tres

párrafos, lo que parece innegable es que esta reunión de textos invita al lector a buscar por sí mismo los asideros de su propia lectura, sin los cuales tal vez le resultaría posible pensar (equivocadamente, a nuestro juicio) que se trata de una mera acumulación de escritos sobre los que cabe pasear la mirada de cualquier modo, o por simple curiosidad. Esa lectura preñada de interpretación que aquí se exige es, por otra parte, una característica del proyecto editorial del que este volumen forma parte, como lo muestra sobre todo el gran número de notas, algunas de ellas de considerable extensión, que lo acompañan. Quien se aventure en estas páginas puede recurrir o no a dichas notas, pero lo que de ninguna manera puede dejar de asumir es que en este libro se pone en danza (y, por lo tanto, en alguna medida se halla en peligro) un aspecto irrenunciable de la tarea que acaso más que ninguna otra cabe llamar «zambrana», y que no es sino el intento de no escindir nunca por completo el pensamiento y la vida, el saber y la experiencia, φιλοσοφία y ποίησις (*philosophia* y *poiesis*).